



El indio,



aun sin añadirlo expresamente (si habes tenido la más remota de las intenciones de hacer caso a nadie en una de esas equívocas farraginas y no poco perversas — siguió, con la lectura, vocalizando correctamente y marcando las pausas aunque de forma desigual, sin tener que poner en ello cuidado especial, tan habituado a dictar con la mente puesta en sus propios asuntos — que en más ocasiones de las desahíadas se prestan a interpretaciones erróneas) así — una vez cerradas las corchetes y los bráctas de la bíbica hasta el cuello — eventual lector a suponer que el mencionado conflicto ha de ser necesariamente de intereses compuestos y a largo plazo cuando (y debiera ello de resultar evidente) los intereses simples y a corto plazo son los que más suelen desmenuzarse, si no se ven satisfechos o cumplidos, a las criaturas impacientes que por culpa de sus cortas miras no reparan en que los designios del Altísimo no están trazados a la medida de los deseos, terrenos los más de las veces, que el común de los mortales pensantes — “que no sólo sintieron”, puntualizó, apartando su mirada del texto para pensar por un instante en Petronia y en sus ojillos asustados — da en suponer que el ver satisfechos es lo que más felicidad va a reportarles.

Fin



Argues



No, no lo busque en ningún diccionario porque no lo va a encontrar; pero nosotros/as se lo explicamos.
 Para argumentar es imprescindible mover las manos y hacer algo de ruido al mismo tiempo.
 Son, desde luego, muchísimas las cosas que se pueden hacer moviendo las manos y haciendo, al mismo tiempo, algo de ruido.
 Pero, he aquí un matiz, el ruido — para desconcierto de quien esté tentado de exclamar “¡ya lo tengo!” — ha de ser el producido por el roce o entrecrozar de aquello sobre lo que las manos están moviéndose.
 El roce (o entrecrozar) tiene, a su vez, que ocasionar un sonido leve que debe interrumpirse a intervalos irregulares — irregulares siempre si lo que se pretende es un arguón en condiciones, o exitosos argumentando pero menos o más —, continuamente y de forma prolongada...
 Lo de “prolongada” es tan subjetivo que resulta, lo reconocemos, un término ambiguo.
 “Prolongada” es toda acción o situación que al o a la que ha de sufrirla o padecerla — si la acción es grata o placentera deja de ser prolongada o cesa por lo menos de parecerlo, como comprende fácilmente cualquiera — se le antoja larga y, para el caso concreto del arguón y su perfecta compensación, es del todo imprescindible que criske los nervios.
 — ¿Puede — se preguntará nuestro lector — un arguón en condiciones crispar los nervios?
 Nosotros/as no vamos a responder a una pregunta tan estrechamente ligada a:
 a) La pavorosidad.
 b) La subjetividad.
 Nos vamos, empero, a circunscribir al hecho de que nos encontramos así las cosas frente a una nueva consideración a tener en cuenta:
 Para que alguien argue se hace falta otro alguien; el alguien a quien urde la acción.
 Por ir concretando: si usted quiere argumentar se las tendrá que ingeniar para no estar solo/a.
 Claro que, por otra parte, como hay ciertos actos que no se pueden llevar a cabo si no es en compañía — o si se puede, pero ahí nos meteríamos en terrenos delicados en los



Buscámos algo y



en nuestro desordenado **arguón** por cajones y alfileres y rincones, y cajas de galletas y zapatos de esas que se almacenan contentando junto a la corporeidad del objeto guardado¹ el secreto inabundante de un “para qué” inquietivo que el tiempo ha ido borrando **sin paciencia y sin ira** toparon nuestras dedos con las cuentas de un rosario de nombres y de rostros desgraciados, tan jóvenes que pero quién — costaría trabajo no exclamar si no fuera por el justo temor a que la voz exclamando se quebrara, de tan vieja y tan ajada ya — diría...

¡Basta un fragmento de lo que a juzgar por las páginas de Valeriano se encuentra entre las primeras actas de subterfugio de Petronia en su momento y en **ella**!



La respuesta

no parece, en un principio, que pueda resultar problemática; no tiene uno, o una, o un bache — o una multitud por aquello de no visibilizar a género alguno de expectativas — más que llegar y decir para ya o mostrar a nosotros mismos Fulanita de Tal, o Perseguida de Cual, o entrafes o loques o ardores o loques de más allá o hijos/as, tía/as y cada uno/a, de nosotros/as respectivos/as pedregales... No, mira, ahí nos hemos equivocado, pero en un alarde de humildad y de saber no ocultar nuestras erratas lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque solíamos — con el • las olvidadas que veces damos por seradas en lo que concierne a nuestras semejanzas que, como si vamos al diccionario de sinónimos encontrásemos que son “similares”, o — más también — “parecidas/as”, a nosotros/as mismos/as, ¿no?, que es de quienes osamos hablando, si no hemos perdido el hilo y, por una, perdonados/as tanto unos/as como otros/as — aparte de “de valores eternos”, que también se da por sentado y no sabemos si vamos a tener ellas para tantos/as — de olvidadas tan nada diferentes de las propias que para qué repetirnos, nosotros, por puro sentido común y del aborro, nos atenemos a la más sencilla de las lógicas y no las repetimos...
 ¿O si lo hemos perdido?
 El hilo, que sería lo grave; porque el sentido común — para cosa tan corriente —, cuando ni qué puede importar cuando, además, nos queda el pecho, de infinitamente mayor espanda y entida. Y si lo hemos perdido, Dios no lo quiera, si que la habremos hecho porque nos pasó, como, hace apenas unos días si: más lejos, nos sucedió a nosotros en nuestras propias carnes mortales cuando fuéramos... para qué podía estar siendo, que así al precio no caemos...
 Bueno, para ir soltando, pero un demerolizado...
 ¿Qué estábamos diciendo? Ah, ya; que para coger la pizza de la caja con que sujetar el ester sentado del cueto de estar y poder así abrir la ventana... Pero tampoco vamos a entendernos en eso porque, nos figuramos, quien más quiere menos ya cuenta con sus trucos propios para abrir sus ventanas.
 Además, la ventana la termináramos de cerrar; así que, la pizza...
 Bueno, mirad en igual.
 El caso es en resumidas cuentas que fuera por lo común que fuere **buscámos algo** y derramamos, sin quererlo, la cepa de algún solter repetido que nuestra memoria se olvidó en despertar como **entrafada**...
 Así: sin esperarla.
 La dejemos hacer — a la memoria — y, con delite, la aplicamos — si se trata, pero si tenemos que explicarlo todo nos dejemos de soltaciones y deliras, por poner un poco, que era legít — con las penas de las cosas en las manos, en el cuello, y detrás de las orejas y

¹ Que las más de las veces no es ni mucho menos el buscado sino alguno tan contemporáneo como una bota de labio — Ana Dileta, que quisiera acordar (no de lo raro y no todo final uno de lo extraño, de color grato —, o una moneda que dejó de ser de curso legal hace ya décadas, o www.wikipedia.org/wiki/la_moneda que las distintas monedas por las que pasó fueron dejadas, o un fiasco demerolizado que — encapado en un zapato de tacón también demerolizado de color (cambiarlo) grato — exhibe una etiqueta en la que puede leerse “para ser”, o una foto que sirvió para abrir que, o una estampa, o la jaula de cristal (de cristal, con su cuello tan largo) que así religiosamente inculca de un resaca de risa, o...
 ¿Que andábamos buscando?

Secuencia para un mote